

En un artículo anterior de Sic (*Juventud rusa y religión*, Junio 1963, número 256, pgs. 270-271) recogí unas observaciones sobre el fenómeno religioso latente en la Unión Soviética. Fenómeno importantísimo para estudios de sociología religiosa o simplemente de sociología. Ya no es necesario recurrir al ejemplo del imperio romano derribado por una revolución de esclavos pacíficos. Nosotros estamos asistiendo al derrumbe de un imperio mucho más colosal que el de Augusto por obra y gracia otra vez de una revolución pacífica de modernos esclavos: los cristianos. Para los que tenemos fe nunca fue dudoso el resultado. Sabíamos que la Unión Soviética no podía acabar con el cristianismo. Pero esta convicción de nuestra fe es hoy patente para todos los que quieran ver. El comunismo enterró al cristianismo, pero no lo mató. Tal vez hasta le dió la oportunidad providencial de recargarse de nuevas energías en la oscuridad de las entrañas del misterio de la persecución. Ahí está el prodigio: la semilla cristiana sale hacia afuera, rompiendo, no la tierra, sino haciendo grietas en la roca monolítica del imperio marxista. Este fenómeno debería dar que pensar a todo hombre honrado: esa fuerza de persistencia del cristianismo, mil veces confirmada en la historia. Esa verificación constante de la identidad entre cristianismo y eternidad. Esa moderna experimentación, en el país de los Megatones, del antiguo pasaje evangélico: "las fuerzas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia".

A diario continúan llegándonos comunicaciones periodísticas con la confirmación de este fenómeno. Esa frase corriente en el hombre de la calle: "algo está cambiando en Rusia" tiene actualidad mucho más que en política, en el ámbito religioso.

PERVIVENCIA DEL CRISTIANISMO

En la revista norteamericana *AMERICA* (New York, August, 3, 1963, pgs. 113-117) acaba de aparecer un relato de viaje en Moscú, escrito por el jesuita William Van Etten Casey, catedrático en la Universidad Holy Crose en Worcester, Massachusetts.

La Religión en Rusia

JOSE RAMON ALBERDI, S. J.

Todo el relato merece atención. Pero yo voy a centrar mi interés sólo en el aspecto de pervivencia del cristianismo en pleno Moscú, pervivencia de la que es un elocuente testimonio este relato de viaje. Omito los pasajes que el autor dedica a las visitas a dos iglesias católicas, para dar a conocer a los lectores de SIC el apasionante testimonio de la fe cristiana en la iglesia ortodoxa.

Escribe así el P. William Van Etten Casey:

"Después de decir Misa en la capilla católica del P. Asuncionista José Richard, agregado religioso de la embajada norteamericana, mi amigo el Sr. Ruari (empleado de la embajada británica) me sugirió que hiciéramos una visita al santuario ortodoxo ruso de Novodevichi, en las afueras de Moscú...

Lo más interesante de todo el Monasterio, un complejo cercado de edificios construidos al fin del siglo XVII, es su basílica de cinco bóvedas. Entramos por la puerta principal, bajo un inmenso letrero que decía: **MUSEO**. Esta es la categoría a la que el gobierno comunista ha destinado técnicamente a todos

los edificios como iglesias, monasterios. Pero es interesante consignar que no todas las iglesias ni monasterios llevan este letrero, lo que induce a pensar que en este respecto el gobierno o anduvo falto de letreros suficientes o de energía.

Nosotros podíamos oír distintamente el canto que venía de las naves de la Iglesia e intentamos entrar en ella por la nave central, pero nos encontramos con que la entrada estaba tan bloqueada con fieles de pie, apretados hombro con hombro, que nos fue imposible desde allí darnos cuenta de lo que ocurría en el altar mayor. El Sr. Ruari me invitó a salir y a probar de entrar por una puerta lateral. Así lo hicimos y esta vez con éxito. Logramos abrirnos paso entre la multitud hasta el interior del santuario, hasta detrás del altar mayor, en donde estaba el coro de cantores y dos sacerdotes oficiando y en cuyas cercanías se apretaba más densamente el público de fieles. El público se dió cuenta de que éramos extranjeros y con benévolas sonrisas nos facilitó espontáneamente el ir avanzando más hacia adelante.

PARTICIPACION VITAL

En el momento en que entramos se estaba desarrollando un maravilloso diálogo litúrgico de canto en el que alternaban el coro, los sacerdotes oficiantes y el pueblo. Todo el mundo participaba vitalmente en la liturgia y se podía apreciar que todos cantaban con exquisito gusto y entusiasmo. Una mujer, de pie junto a mí, cantaba con tan linda voz de soprano, que era pura gloria el estar oyéndola. Era también muy consolador el oír cómo en el canto litúrgico se repetía una y otra vez el nombre de la Madre de Dios. Los cristianos rusos tienen una intensa devoción a la Virgen María. Todas las paredes de la basílica estaban decoradas con imágenes e iconos de la Virgen y pudimos ver que a lo largo de la ceremonia litúrgica más de un fiel se permitía un pequeño paseíto hacia uno de estos iconos para venerar por un momento a la Virgen.

No había niños en la Iglesia; pero sí muchas caras jóvenes en número suficiente para darnos una impresión optimista del futuro. Aunque había una nutrida representación masculina, hay que confesar que el grupo más importante lo formaban las mujeres y particularmente mujeres de cierta edad. En toda Rusia se nota una sobreabundancia de mujeres de edad, debido sin duda a la mortandad de hombres en las guerras, en las revoluciones y en las purgas. La mayoría de las familias tienen dos abuelitas que son las que llevan la familia. Las mujeres rusas se retiran del trabajo a los 55 años y es rara la familia rusa que no tenga junto a la abuela alguna tía ya más vieja. Con la abuela y las tías se educan los niños mientras las mamás más jóvenes se dedican al trabajo.

Estas mujeres de edad son las que han transmitido la fe. Ellas han plantado la semilla en el corazón de los niños que cuidaban. En sus manos está el futuro del cristianismo en Rusia. Yo contemplaba esos amables rostros de campesinas rusas, cruzados por surcos de años, y daba gracias a Dios por haberlas conservado y por la misión que sus vidas llevaban. Permanecemos en la Iglesia más de una hora enajenados en aquella inolvidable escena de oración y de fe.

Un poco antes de terminar las ceremonias religiosas salimos de la Iglesia para poder observar a los fieles. Varios de ellos vinieron hacia nosotros para manifestarnos su alegría y nos saludaron con esa venerable simpatía rusa. El Sr. Ruari conversó con ellos en ruso y hacía de intérprete para mí. Les intrigaba el porqué nosotros extranjeros tan bien vestidos nos interesábamos por su liturgia. Y manifestaron una gran alegría cuando les explicamos la verdad de nuestro interés y el hecho de que éramos cristianos.

Cuando se dieron cuenta de que yo era americano se extrañaron y complacieron aún más. Nos hablaban como si nosotros fuéramos benditos mensajeros de otro mundo. Poco a poco nuestro grupo se fue haciendo más numeroso y para cuando nos dimos cuenta ya se había formado a nuestro alrededor un animado grupo. El Sr. Ruari les dijo que yo era un sacerdote católico y que estaba muy impresionado por su fe y devoción. Noté el entusiasmo que mis declaraciones provocaron entre el público que se repetía de oído a oído las frases del Sr. Ruari. A nuestro alrededor había formado ya un grupo de unas 30 personas, la mitad de las cuales eran mujeres.

RESPECTO Y TERNURA

Entonces me tocó presenciar un espectáculo extraordinario. Los fieles rusos no solo se apretujaban alrededor de mí sino que comenzaron a tocarme con reverencia, haciendo sobre mí señales de bendición, reteniendo mis manos con devoción y besándolas con sumo respeto y ternura. Fue para mí como una revelación de la devoción y de la fe del pueblo ruso y no pude menos de recordar las palabras de Jesús: "En verdad os digo que ni en Israel he encontrado una fe semejante a esta". Yo me veía extranjero, americano, sacerdote católico y en mi derredor un puñado de fieles de la Iglesia ortodoxa rusa considerándome y aceptándome y abrazándome como si yo fuera uno de sus amados sacerdotes. Fue para mí un instante de tan dramática prueba de fe, de un amor tan intenso, que no tuve más remedio que volverme a un lado durante unos momentos para reprimir la emoción que me estallaba en los ojos.

Como se hacía tarde decidimos retornar a la ciudad. Nos despedimos penosamente. Pero confieso que parte de mi corazón quedó allí, entre esos admirables fieles cristianos de la Iglesia ortodoxa rusa en el Monasterio de Novodevichi".

Uno casi tiene que restregarse los ojos para cerciorarse de que no está soñando al leer estas columnas. ¿Esta vivencia cristiana en Rusia? ¿En las afueras de la ciudad de Moscú?

Nada de extraño tiene que en Moscú hayan tenido recientemente lugar, con participación oficial, las solemnes fiestas conmemorativas del quincuagésimo aniversario de la ordenación episcopal del Patriarca Alexis, Jefe de la Iglesia ortodoxa rusa y que a ella hayan asistido, representando al Vaticano, dos jerarcas de la Iglesia católica: Monseñor Dumont, Director del Centro-Istina de París y Monseñor Charriere Obispo católico suizo.

VOCACIONES EN RUSIA

Según una información que he tomado de la revista alemana *Der Christlicher Sonntag* (25 August 1963, pg. 267. Freiburg), Monseñor Dumont del Centro Istina de París ha declarado en una entrevista a la prensa que el número de vocaciones sacerdotales es extraordinariamente grande en la Iglesia ortodoxa rusa. Esta declaración la hizo Monseñor Dumont a la vuelta de su viaje de Moscú. También tuvo oportunidad Monseñor Dumont de conversar con los patriarcas de Leningrado y Odesa. Sus declaraciones son por lo tanto fruto inmediato del conocimiento directo.

Ampliando su primera declaración manifestó Monseñor Dumont que en Rusia hay cinco seminarios mayores. Todos los demás han sido clausurados. Debido al gran número de vocaciones y al poco número de seminarios solo uno de cada cinco candidatos puede ser admitido en los seminarios. Pero las otras vocaciones no se pierden; sino que realizan sus estudios sacerdotales a través de cursos de teología por correspondencia. El gobierno soviético intentó prohibir estos grupos por correspondencia pero tuvo que desistir de ello ante la presión de la Iglesia ortodoxa rusa.

No es extraño que Monseñor Dumont declare que, a pesar del recrudescimiento de la propaganda rusa antireligiosa en los últimos tiem-